IDILIO.

En bella tarde del feraz Otoño,
Su manto al recoger el sol traspuesto,
Sobre el peñasco daba un pastorcillo
Este cantar al perfumado viento:

«Oh selva amada, selva deleitable,
«Oh plácido breñal, oh monte excelso,
«Oh valle arrullador, oh fuente pura
«Que bañas espumosa el soto fresco.

«Oh pino colosal que tu ramaje
«Apoyas en la copa del abeto,
«Y con tu móvil sombra nos convidas
«A gozar de profundo y blando sueño.

«Oh cárdeno peñón de verde falda,
«Delicia de mis cabras y embeleso,
«Que con tu frente armada, de las nubes
«Rasgando embistes el preñado seno.

«Oh quieta margen del fecundo río,
«Tanto, que apenas turba tu sosiego
«El raudo golpe de las limpias aguas
«Tus menudas arenas rebullendo.

«Oh pacíficas chozas donde el humo
«En remolinos se levanta al cielo
«Turbando el aire, ó como densa bruma
«Tendido arropa los calados techos.

«¡Ah! de mis cidros gala del cercado
«Pueda mirar, y siempre, en los renuevos
«Los azahares, del florido Junio
«Cuando respiran el templado aliento.

«Pueda en Otoño mi dorado trigo
«Al cosechar y el áspero centeno,
«Cruzar los valles lento y encorvado
«De los manojos por el dulce peso.

«Y por la tarde al reducir mis greyes
«De dos en dos bajar á los corderos
«Nacidos en el monte; y que sus madres
«Vengan detrás mostrando sus recelos.

«Eche á rodar por siempre del collado
«Bolas de nieve en el sañudo invierno,
«Y grandes, tanto, que al herir los troncos
«El ruido alongue sollozando el eco.

«Pueda mirar en la enfadosa noche
«Junto al vallado, hilera de esqueletos,
«La llena luna que en tranquilo curso
«Trémula mide el refulgente cielo.

«Y allá en la corte, de engañoso brillo,
«De astucia, orgullo y liviandades centro,
«Según nos cuentan, en dorada copa
«Agoten otros el mortal veneno.

«A mí me basta para ser dichoso
«En estos bosques el frugal sustento
«Que me produce, sin dañar á nadie,
«La misma tierra que surcó mi abuelo.

«Y del nogal me basta y del castaño
«El dulce fruto y del vicioso almendro,
«Cuando los cierne el céfiro en Agosto,
«Por tan maduro recoger abierto.

«Y de mi hato la espumosa leche
«Que escurre de las jícaras al suelo,
«Y aquellos zarzos que ni al aire oscilan
«En donde guardo mi abundoso queso.

«Y los vellones del querido manso
«Que en la pradera trisca y va paciendo
«La dulce hierba, y que al tornar del monte
«Cual buen amigo sáleme al encuentro.

«Sólo ¡ay dolor! amengua mi reposo
«Esta pasión que mi sensible pecho
«Constante nutre, en negra desventura
«Penando siempre y sin hallar remedio.

«¡Ven, ven, Elisa! Junto á la montaña
«Está mi choza; cúbrela de un fresno
«El ancha copa; y miro retratarse
«Cabaña y árbol en el lago terso.

«Allí los cisnes, ánades y gansos
«Vienen y van sentando por momentos
«Su pie extendido sobre el agua pura
«Cual si estuvieran en el firme suelo:

«Ágiles, ora parten arrollando
«Las claras linfas con su enjuto pecho;
«Ora aletean fijos en un punto
«Su cabeza aplanada zabullendo;

«Ya se pasean en el seco borde,
«Ya entran graznando en el juncar espeso
«Que protege los nidos; y es delicia
«Hallar las ruedas de calientes huevos.

«Trepando ayer por la empinada sierra,
«Del ahuecado tronco de un enebro
«Dos cervatillos de manchadas pieles
«Llevé en mis brazos sin ningún esfuerzo.

«Son muy bellos, Elisa: el uno al otro
«Se lamen y acarician; con su aliento
«Se dan calor, y sobre paja muelle
«Lo más del día pásanse durmiendo.

«Tan mal su grado indócil una cabra
«Me los ateta, que doblando el cuello
«Quiere embestirlos mientras yo la afianzo
«Con ambas manos de la barba y cuerno.

«Hay tordos en los verdes cañizares
«Que mi estancia rodean; hay jilgueros
«Que alegres trinan al rayar la aurora
«Con la calandria en plácido concierto.

«Hay tórtolas que halagan el oído
«Con suave arrullo y plañidor acento
«Al mediodía, y tímidas palomas
«De alas azules y collares negros.

«Hay una hiedra que en variados giros
«De flor cuajada sube al limonero
«A cuyo pie borbolla el tibio arroyo
«Del lago origen, gala y alimento;

«Humea cuando nace; y resbalando,
«Entre el boscaje de fragante eneldo,
«Mastranzo y manzanillas, escondido,
«Si es que me baño sírveme de espejo.

«Si tú me oyeras, si tus negros ojos
«Acá tornaras compasiva al menos,
«Te llamarían al querido bosque,
«Ya no mi amor, siquiera los recuerdos.

«Tus avellanos, tu peral, tu olivo,
«Que en flor dejaste, y el novel cerezo,
«No llevan fruto; y en sus mustias ramas
«Prestan cabida al perezoso helecho.

«Te llama, Elisa, la amorosa fuente:
«Allí tu piedra, allí el mullido asiento,
«Allí el brocal, en donde largas horas
«Embebecida oíste sus requiebros.

«Te llama el risco del cercano monte
«Donde en Octubre libre de recelos,
«El tibio sol, al espirar la tarde
«Viste á través de su cendal bermejo.

«Te llama el aura; y la apacible luna
«No bien domeña al escuadrón protervo
«De sombras viles, á buscarte cuela
«Por las rendijas del tugurio yermo.

«Deja la corte: tu candor empaña
«De la ciudad el hálito funesto;
«Y ven y habita en las humildes chozas
«Que aunque muy pobres fueron tu embeleso.

«Ven, ven, Elisa; ven, amada Elisa;
«Al campo torna; mírame que ciego
«Al pasturaje donde fuimos juntos,
«Haya ó no grama, mis ovejas llevo.

«Después que te ausentaste, ya no gozo
«Lo mismo que gozaba en otro tiempo;
«Por la mañana salgo de mi choza,
«Triste, y más triste por la tarde vuelvo.

«Elisa, torna, torna; ¿por ventura
«No te conmueve el mísero lamento
«Que exhala el corazón? Si generosa
«Mi amor no pagas, me daré por muerto.»

EPÍSTOLA.

Tirsi querido, acerba la desgracia
Llamó á tu puerta, y con semblante adusto
El mundo te descubre su falacia.

En tamaño dolor parece justo
Que me dirija á ti; si bien no ignoras
Que tengo un corazón nada robusto;

Pues muchas veces en mis negras horas,
Dando libre expansión al sentimiento,
He llorado también, como tú lloras;

Y también asordé con mi lamento,
En la noche, al fulgor de las estrellas,
Sin más testigo, al quejumbroso viento.

¿Podré esperar que temple tus querellas
Mi débil voz, si ves que los pesares
En mí han dejado tan profundas huellas?

Sí, ven conmigo á mis yermados lares
En donde sólo la iracunda muerte
Me deja á mí, y el tiempo dos pilares.

No ha muchos años me sonrió la suerte
Como á ti; y á pesar de la mudanza
Mírame vivo, resignado y fuerte.

La experiencia adquirida, en la bonanza
Modera mi alegría; en la tormenta
Me sostiene y conforta la esperanza.

Esta virtud en tu ánimo aposenta,
Y después. . . . llora, llora, te lo ruego;
Ni se prohibe el llanto, ni es afrenta.

¿No sabes, dí, no sabes que ese fuego
Que el corazón despedazado abrasa
Sólo se extingue con tan dulce riego?

El dolor y la dicha (y ésta escasa),
El sentimiento, el odio, los amores,
Y aun el mismo recuerdo, todo pasa.

Mira en el campo las galanas flores:
Un mismo sol las tiñe en el estío
Y en invierno las queman sus rigores.

Fija tus ojos en el fresco río;
Y advierte que unas veces se desliza
Con blando murmurar, y otras bravío.

Si una nube de púrpura ó pajiza
Al sonreir el alba surca el cielo
Y partida en jirones le matiza,

A la tarde trocada en pardo velo
Esconderá la luz hermosa y pura
Poniendo el mundo en confusión y duelo.

Así el triste mortal ¡oh desventura!
Liba apenas un cáliz de ambrosía
Para agotar un cáliz de amargura.

Y ten por cierto que en alegre día
Ese hermoso brillar del sol divino
Es precursor de tempestad sombría.

El goce del penar está vecino
En términos, que llevan un resabio
Uno del otro; y éste es el destino.

Tal vez ahora tomes por agravio
Esta verdad: ¡mañana la experiencia
Justifique lo que hoy afirma el labio!

Nuestra mísera frágil existencia
Sólo es hermosa en medio á las espinas,
Y es mayor que los goces la dolencia.

¡Ah! dime, dime; indócil imaginas
Que fueron los antiguos gente ruda
Y torpes devaneos sus doctrinas?

Eran grandes filósofos, no hay duda;
Y afrontaron las penas de la vida
De su Empirismo con la pobre ayuda.

El Estoico, el Pasiano y el Druida
No fueron de otra especie; ni insensibles,
Ni una casta sin juicio y aturdida;

Y de consuno todos é inflexibles
Estimaron los males de la muerte
De la vida á los bienes, preferibles.

Antes que ser ludibrio de la suerte
En una vida tan menguada é incierta,
Quisieron convertirse en polvo inerte.

Ellos buscaban, y aun llamaron puerta
De amable libertad, el blando sueño
Del cual ninguno por jamás despierta.

Y no me digas con amargo ceño:
«¡Eran gentiles!» que Moisés y Elías
Morir ansiaron con igual empeño.

El uno, que cortara allí sus días
Pidió al Señor (¡que le apenaban tanto
De Israel la protervia y felonías!)

Y huyendo á Jezabel, en tierno canto
Rompió el Profeta al implorar lo mismo
Como único remedio á su quebranto.

Al sabio Job, modelo de heroísmo,
Befa y escarnio de su mala esposa,
De miseria y dolor en el abismo,

Llegó á serle la vida tan odiosa,
Que por librarse de ella prefería
La muerte más horrible y afrentosa.

Y David con enfática energía
En su tierna salmodia *¡mi destierro*
Oh cuánto se prolonga! repetía.

Y el Apóstol, juzgando en triste encierro
Presa el alma y en negra servidumbre
Con duros grillos de pesado hierro,

En ayes exhaló su pesadumbre
Porque en tanto penar no le era dado
Tender el vuelo á la celeste cumbre.

El mismo Salomón, á quien el hado
Siempre miró con ojos nada esquivos,
¡Cuán sagaz se mostraba, cuán hastiado

De placeres y honores fugitivos
Al decir en sus ínclitos cantares:
«Más alabo á los muertos que á los vivos.»

Y en verdad; son tan rudos los pesares
Que nos abruman al cruzar viajeros
Y en frágil barca los airados mares

Del mundo engañador, y son tan fieros
La duda y el afán, que ¿quién no aspira
De la Gloria á los campos lisonjeros?

Libre allí el alma sin temor respira,
Y contemplando al Soberano Hechizo
Absorta canta, gózale y admira.

Allí toca á su fin este postizo
Amargoso placer, y la pavura
De guerras, peste, rayos y granizo.

De las mansiones de eternal ventura
Ahuyenta las sonoras tempestades
Aquella Luz indeficiente y pura.

No hay padecer allí, ni enfermedades,
Ni vejez, ni ignorancia, ni tristeza,
Ni recelos, ni envidia, ni maldades.

En hermosura truécase y belleza
La fealdad, el tedio en alegría,
Y en abundancia la infeliz pobreza.

Para el que muere brilla eterno día:
Arroja ufano la gravosa carga,
Y huye del mar entrando en la bahía.

Tras una vuelta peligrosa y larga
Torna á su centro; y débil y rendido
De su Padre en los brazos se aletarga.

Al ver abandonado y derruido
Ya sin calor, en páramo distante,
Aquel mi dulce y amoroso nido

Donde nací, donde mi madre amante
Vivió feliz y el hado furibundo
Vino á segar su vida en un instante,

El corazón palpita, me confundo;
Mi hirviente sangre se convierte en hielo,
Y me contemplo nómade en el mundo.

Pero al clavar mis ojos en el cielo
En estrellada noche, cede el lloro;
Se amengua la aflicción, viene el consuelo.

Allí también en el celeste coro
Está tu buena madre; fué virtuosa,
Y de esta sociedad lustre y decoro.

Riega con llanto su funérea losa,
Y de la tarde al último destello
Cubre de flores la reciente fosa;

Ayes lanzando, abraza por el cuello
La tosca cruz. . . . ¡Un hijo vehemente
Presenta un espectáculo tan bello!

Después, levanta tu abatida frente;
Y dí viendo la altura soberana:
«Mi madre impera en trono reluciente;

«Mi madre vive en tierra no lejana;
«Mi madre ausente ruega por su hijo;
«Es muy feliz, y la veré mañana.

Modera, oh Tirsi, tu dolor prolijo;
¡Mortales somos! Y endereza el paso
A la mansión de eterno regocijo
Donde sólo hay estrellas sin ocaso.

Á UN POETA.

Liranio, gracias al cielo
Que después de larga ausencia
Hoy, que menos lo esperaba,
He recibido tus letras.
Tu solícito cuidado
Agradezco; y la respuesta
Voy á dar á tu pregunta,
Que en ello el ánima huelga.
Pero, Liranio, ante todo
Es oportuno que adviertas,
Que no escribe un cortesano
Relamido, ni un poeta.
Un humilde campesino
Soy, que en la verde pradera,
De la mañana á la noche,
Va pastando sus ovejas.
El grueso tronco de un haya,
Esparrancada por vieja,
Es mi escritorio, y el musgo
Que la envuelve, mi carpeta.
Me da pluma y fácil tinta